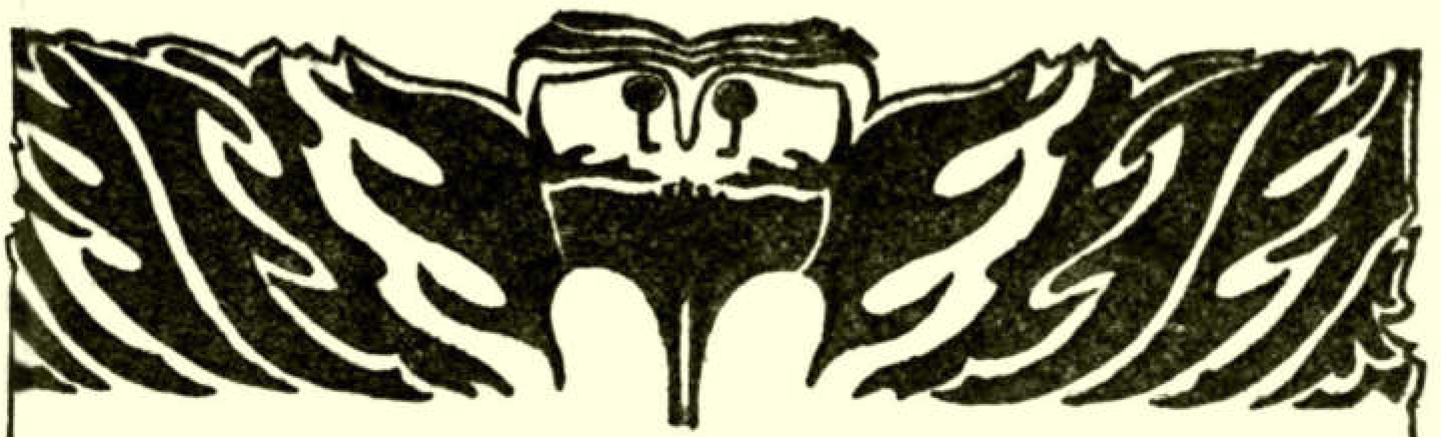
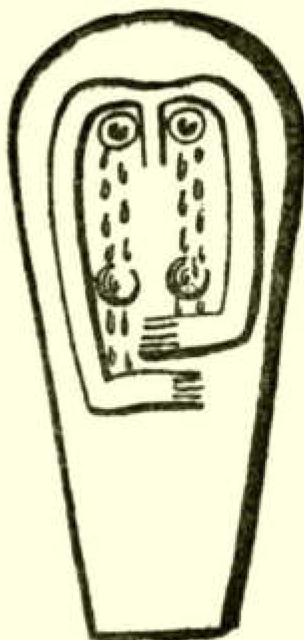


ilka krupkin

# el hombre que perdió el sueño

—novela—



1928

K

C

F

C
S

S

## OBRAS DE ILKA KRUPKIN

LA TAZA DE CHOCOLATE, Cuentos. 1926. — Premiada por los jurados Carlos Ibarguren, Arturo Cancela y Alberto Gerchunoff, en el concurso de la Editorial Gleizer.

LA TAZA DE CHOCOLATE, Cuentos. — Traducción al inglés de E. Herman Hespelt. New York, University, 1927.

LA TAZA DE CHOCOLATE, Cuentos. — Traducción al italiano del canónigo Monseñor Benedécto Neri. Cervognano, Siena, 1927

EL HOMBRE QUE PERDIO EL SUEÑO, Novela, 1928.

EN PRENSA:

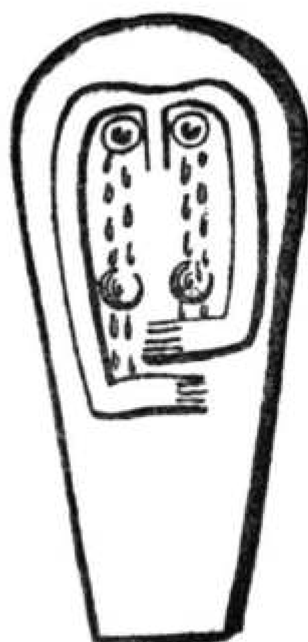
GUDRUNA TROGSTAD, CAPITANA. Episodio marino en dos actos. 1928.



# ilka krupkin

# el hombre que perdió el sueño

novela



1928

*Los dibujos que ilustran esta novela se deben a manos femeninas y responden a motivos tomados de un descubrimiento arqueológico que hará época en nuestros anales científicos. Muy en breve se divulgará lo que guardamos hoy devotamente unos pocos, por no adelantarnos al estudio que realizan, de treinta años aquí, dos hombres abnegados y entusiastas, cuya labor está para concluirse.*

*a IGOR STRAWINSKY*

*No toda es vigilia la de los ojos abiertos.*

*Pasión, ¡idoneidad suprema del Ser! única justificación y fin de la vida y del arte y única condición en que hay una felicidad posible.*

*¡Oh, Pasión nunca humilde, siempre cierta!*

*Macedonio Fernández.*

# I

## I II y II bis

[
q
h
a
p
l
d
&
d
c
a
d

## I

*Buenos Aires, noche del jueves 4.*

ESTE maldito botón está empeñado en burlarse de mí. Mañana tendré que huronear debajo de la cama para hallarlo. O sujetarme el cuello tan sólo con la corbata. Estoy un tanto cansado, pero se me ocurre, no obstante, que no lograré conciliar el sueño. La ausencia de Martha me tiene atormentado. ¡Una semana sin verla! Aunque, Dios me perdone, ahora, lejos de ella, estoy indeciso. ¿La amo? ¡Bah! Es mi primera aventura. El amor se ha dormido en mí, desde el extraño cambio operado en Ce-

lia. Pero me place que ésta haya realizado su felicidad... Si bien Martha ocupa toda la atención de mi vida, debo confesar que ignoro si la amo. Siete días van que no nos vemos y siento imperiosa necesidad de ella. ¡Ah, Martha: si en esa inmensidad de fuego que eres, hubieran algunos oasis de placidez!...

Me abrumas a caricias y juras que únicamente eres mía. Te creo. Mas, te veneraría si contigo fuese la serenidad. Te imagino, al regreso, instando al mecánico para que emprenda veloz carrera por las calles de la ciudad, sin reparar en medios, deseosa de llegar rápidamente hasta mí y abalanzarte a mi cuello y buscar mis labios con tu hocico enloquecedor y compensarme con hartura por los interminables días que no te tuve a mi lado...

## II

*noche del viernes 5.*

LA noche anterior, Martha, sentí mucho tu ausencia y el sueño me sorprendió recapacitando sobre si era amor lo que siento por ti. Viví, entonces, una rara ensoñación. Una semana sin verte; siete días que conozco un mundo sobrenatural. Sucesos increíbles, aventuras de visionario; pero, ¡ah!, cuánto daría por vivir siempre allí. A cada desengaño, seguían aquellas caminatas por la campiña; y siempre en el mismo lugar recordaba mis desventuras. Horas de intenso recogimiento hasta el amanecer...: la presencia de la luna me animaba cándidamente, e iniciaba la confesión... Emprendía el regreso al clarear. Sentíame algo afiebrado entonces: humede-

cíanse mis ojos y todos los recuerdos de mi vida me asaltaban. Recordando ese sueño, Martha, no puedo dormir: tendré, sin duda, que consultar al médico, mañana. No resistiría una noche más con este insomnio. Me enloquecerían las inocentes visiones que me provoca.

## II bis

LAS doce están dando y debo apresurarme para la cita. A estas horas, la campiña es exclusivamente nuestra; las Vírgenes y yo. Mientras las Vírgenes Menores danzan adoptando mil figuras extrañas, las Mayores corren a mi encuentro, se toman de las manos en ronda y se dejan caer sobre las flores silvestres; y yo soy el centro de la rueda. Hoy son siete. Cada veinticuatro ho-

ras, destácase una de las Menores, ingresando en el núcleo de las Mayores. Todas ellas visten blancos velos y tienen suelta la cabellera, como las figuras de las láminas que encantaron mi infancia. Los nacientes senos se dibujan a través de los tules y se descubren a cada movimiento los flancos sonrosados... Reclinada la cabeza sobre el pecho de la Virgen recién ingresada, hablo pausadamente. Conocen hasta las mínimas incidencias de mi pasado. A medida que avanzo en mi confesión, se acercan más a mí. Luego me hablan a su vez, en tanto que la danza de las Menores crece en giros vertiginosos, al son de mil trompetas invisibles... Al primer parpadeo de la estrellas comienza el desbande. Enmudecen de improviso las trompetas, incorpóran-

se las Mayores y se despiden de mí. Todas ellas se abrazan y oprimen sus bocas sobre la mía, una por una...: Y, al romperse la bruma con el primer rayo de sol, me sorprendo de bruces, con mis labios apoyados sobre el césped humedecido de rocío...



# II

## I

R

qu
du
dir
de
su
ide
no
gra
do

# I

*Buenos Aires, madrugada del sábado* 6.

RECUERDO íntegra y claramente mi confesión en la campiña; tanto, que mi angustia de entonces se reproduce ahora: al entrar en mi habitación dirijo la vista hacia el estante superior de la biblioteca, esperando hallarme con su retrato. No sé cómo se me antojó esa idea. Pero no me sorprende. Data de varios años mi deseo de poseer esa fotografía. Lo había ocultado en lo más hondo de mi espíritu, hasta hoy, que, sin

causa justificable, se me manifiesta abiertamente. Quedo un instante apoyado contra el marco de la puerta, las manos entrelazadas detrás de la nuca, y entorno los párpados. Continúo así un instante, como en éxtasis. Imagino la cartulina reclinada en la pared del anaquel, y, destacándose del fondo casi negro de la madera, la claridad de su rostro. ¡Ella!...:

—¡Brrr!... Mis alucinaciones. Debo estar enfermo. El día menos pensado me trastorno por completo.

En la soledad del cuarto repercuten mis palabras en forma inquietante. Cierro la puerta y me dirijo hasta la repisa, me acodo en ella y, la cabeza entre las manos, continúo mirando fijamente hacia el punto donde imaginara el cartón de la fotografía. Permanezco así

unos minutos; luego poso la cabeza sobre el tablón y con ambas manos acaricio la madera, trazando en ella un recuadro con los dedos. Reacciono de improviso y golpeo con violencia en la tabla. Luego, tendido en la cama, doy suelta a mi fantasía. Esta vez, imagino el retrato en el yeso de un rincón del cielo raso. No obstante, en mis absurdas reflexiones, lo sueño siempre en el anaquel. ¡Ah! ¡Una hermosa cabeza que ostentase dos ojos dilatados por un asombro delicioso, una nariz bella pero sin personalidad, boca muy femenina de labios graciosamente modelados y carnosos!... Vuelvo a desesperarme y enmarañándome con nerviosidad la cabellera, me agito en la cama mientras emito gemidos que en momentos de serenidad, me espantarían.

Mi loca imaginación llega a veces a estimularse como la de un espíritu aburguesado. Así, sueño con la casita en el campo, la esposa activa; los hijos—dos: un varón y una mujer — que salen a mi encuentro, cuando regreso, sudoroso, de la faena en los maizales. Y el beso fuerte con que me recibe mi compañera, mientras del interior llega el reconfortante tufillo de la comida, que se adereza en la cocina... Mis otras aspiraciones para el hogar, son sencillas asimismo. Después de la cena, un poco de lectura, o de música, que ella ejecutaría al piano. Arrebatos de pasión. Abrazos prolongados, a la luz de la luna, que entrase por una amplia ventana. Luego, la dulce tarea de acostar a los niños...

Pero las reacciones son crueles. Y la desesperación se apodera de mí al advertir la simpleza y la candidez de mis anhelos.



# III

## I - II - III - IV - IV bis y V

# I

*Recreo, frente a los cerros catamarqueños; noche del viernes 12.*

POBRE Jerónimo; ya va para tres semanas que he recibido su carta y aun no le contesté. Pero cuando regrese mis explicaciones le tranquilizarán. Debe estar cansado de las descripciones detalladas de mis paseos por el bosque, los panoramas, las corridas por las montañas, las excursiones por los lagos... A estas horas debe estar pintando: la tarde se presta; aunque, torpe de mí, es posible que en estos momentos llueva en la ciudad. Me lo figuro en la noche de hoy, con su levitón

y la pipa característica, paseando por la plaza. Pedro, Antón y el negro Felipe, son también infaltables a la reunión bajo los árboles. Felipe estará comentando el último Salón Anual de Bellas Artes y en tanto que, alentado por Pedro y Antón, sostiene una tesis negativa acerca de los valores de los trabajos expuestos, el bueno de Jerónimo los rebate con su generosidad habitual. Se exalta entonces y habla a gritos. Nombra a los distintos expositores, defiende la técnica de uno y elogia y consagra los cuadros de otro. Siempre habla así Jerónimo.

## II

SABINA y su tía, como de costumbre, llegan al oscurecer. Le sienta maravillosamente a Sabina ese vestido

color durazno. Pero lo que más me agrada es su sombrero: de copa alta, anchas las alas y adornado con un gran moño de terciopelo azul, semeja uno de esos cestos antiguos, en los que se acostumbraba recoger las flores. Los zapatos y las medias son de color gris perla...

Cuánto ama Sabina a las mariposas. Es capaz de estarse horas siguiéndolas con cautela, observando las evoluciones de su vuelo y el leve posarse sobre las plantas. Recuerdo que Felipe, a costa de innumerable caídas, logró un día cazar un enorme mariposón y se lo ofreció, todo gozoso. ¡Qué expresión cobraron los hermosos ojos de Sabina! No pronunció palabra alguna; miró alternativamente el rostro de Felipe y al pobre insecto que pugnaba por libertarse y,

por último, corrió hasta su tía, rompiendo a llorar en su falda.

## III

*madrugada del sábado* 13.

ES bella Sabina. En todo el pueblo no hay quien se le compare. Mañana, domingo, irá a la iglesia. Seguramente vestirá la blusa bordada con plata. Así, con sus trenzas caídas sobre los hombros, Sabina es la estampa más deliciosa que he visto en mi vida. Después de misa, por la tarde, tiene lugar la clásica tertulia en la casa del tío Zenón. Es posible que Sabina baile... pero, ¿con quién? ¿Con quién será? Con Jerónimo, naturalmente. Porque Jerónimo es mi mejor amigo y mi confidente. Y aunque si bien es verdad que nunca le dije nada en concreto, habrá

penetrado mis sentimientos, pues muchas veces le repetí que Sabina es bella, es adorable... Jerónimo no caerá en infidencia para conmigo.

## IV

*mañana del sábado* 13.

SABINA también gusta del espectáculo de los niños que salen de la escuela: en la puerta, que aun guarda las grietas hechas con mi cortaplumas lanzado en aquellos concursos de habilidad, para clavarlo a la distancia, la buena maestra Aurora los despide. Siempre me produce honda emoción el recuerdo de ella. Su rostro, su cuerpo, sus vestidos: todo está como cuando me enseñaba a dibujar las primeras letras. No obstante haber transcurrido tanto tiempo, la

maestra Aurora no se ha casado. Es indudable que no concibe otra vida que la de la enseñanza y el cariño a los chicos. Sin embargo, son varios los hogares que formó. Todas las jóvenes del pueblo acuden a ella por consejos cuando algún muchacho las requiere de amores... ¡Si yo pudiera cambiar la suerte de la maestra Aurora! Pero bien visto, ella debe sentirse feliz en su estado. Es tan buena, tan noble de sentimientos, que no puede entristecerla su soledad. Entre sus ex alumnas recuerda con preferencia a Sabina. Dice que ella merece el mejor novio del pueblo, y a mí me parece que tiene sobrada razón. Sabina, a su vez, la ama como pocas y acostumbra a ayudarla en los quehaceres de la escuela. Una vez concluída la limpieza, se goza en atender el pequeño tambo

de "Cigüeño". ¡Pobre "Cigüeño"! De cuántas travesuras le hicimos víctima. Yo mismo he cooperado con los muchachos para espantar una de sus vacas, hasta el monte, donde la tuvimos secuestrada tres días, alimentándonos con su leche. Y cuando Sabina se enteró, fué causa suficiente para que esquivase nuestra sociedad días y días.

## IV bis

DESPUES de la tertulia en lo del tío Zenón, los muchachos se reunirán en el bar para la acostumbrada partida de naipes. Hoy sábado, es posible que gane Antón, aunque Felipe es bien capaz de realizar un prodigio: desde la mesa se puede observar el ombú de la esquina, desde el cual, contando seten-

ta pasos, a la izquierda, se encuentra la casa de Sabina. Si alguien levantase la vista hacia la ventana, no sería extraordinario que notase la silueta de Sabina, a través de los vidrios. La noche es tan clara, que puede advertirse el movimiento de sus labios al contar los puntos del tejido en que trabaja y el hilo de lana, que corre desde sus faldas. Es habilidosa para tejer y sospecho que este año, en el día de mi santo, me regalará una bufanda.

## V

*noche del sábado* 13.

CONCLUIDA la partida de naipes, se apagan las luces del bar, mientras los muchachos se despiden a la puerta. Jerónimo y el negro Felipe viven en la

misma cuadra, a la vuelta de la casa de Sabina. Esta ya no se encuentra frente a la ventana y todo el edificio está a oscuras. Cuando Felipe y Jerónimo pasan, les saludan los ladridos de "Babo", el perro de Sabina.



# IV

## I

# I

*en Frías, avanzada de Santiago del Estero, distanciado aún más de la gran capital; domingo 13.*

TENGO la frente abrasada y esta maldita transpiración concluirá por desesperarme... Si las cobijas se me deslizan una vez más al suelo, ahí las dejaré...

La noche es diáfana, como las mejores de la primavera. El lucero, que distingo a través de los vidrios, desde la cama, debería verlo, en el pueblo, desde la puerta del jardín de mi casa,

mirando en dirección a la de Sabina. Ella tiene por costumbre, en noches como las de hoy, apagar las luces de su cuarto y sentarse frente a la ventana para contemplar las estrellas. Proseguiré desvelado, sin apartar por un instante la vista del lucero.



# V

# I y II

# I

*en San Pedro, pueblecito santiagueño, donde nada ni nadie interrumpe las ensoñaciones absurdas; lunes 14.*

SABINA! ¡Sabina! ¡Sabina! Este grito es lo único que pronunciaría en los interminables días con fiebre. Mis parientes, alarmados por la insistencia del llamado, pasarían angustias por individualizar a Sabina. Y les preocuparía más que la propia herida. Dos salteadores me habrían atacado...: Sonaron dos detonaciones. Un proyectil dió en el blanco. Sentí un fuerte golpe en el hombro izquierdo, hice dos o tres pa-

sos, tambaleándome y, antes de desplomarme, desvanecido, pronuncié el nombre de Sabina... Tendré que darme de cabeza contra los barrotes de la cama, para quitarme este maldito insomnio. Provoca en mis disparates. ¡Dos salteadores, las detonaciones, la heridas en el hombro, la fiebre y esa mujer! ¡Dios de Dios! Si no temiese al eco, soltaría la carcajada...

## II

COMIENZA ya a aclarar y aun estoy despierto. No sé cómo concluirá esto...: Y Sabina que se embarca hoy. Iré hasta el puerto, aunque me lo prohibió. Su padre la acompañará en el viaje... ¿Y el desconocido que también parte con ellos? ¡No! ¡Es imposible!

Lograré subir a bordo y, mientras el padre y el imbécil del desconocido se despiden de sus amigos, yo me encontraré con Sabina, junto a una escotilla:

—¡Usted acá! ¡Cómo vino! ¡Por qué!

—Perdóneme, Sabina. No pude resistir al deseo de estrecharla una vez más las manos; me ayudaría a. . .

—¡No, no y no! — Las exclamaciones de Sabina y los golpes que da con los zapatos sobre el piso, atraen la atención de algunos tripulantes y viajeros. Miran hacia nosotros y sonríen picarescamente.

—Sí, Sabina: me ayudaría a esperar su regreso. — Mis facciones cobran tal aspecto de conmiseración, que Sabina cesa con sus gritos.

—Bueno, mi querido amigo. Me enfadó usted. No estoy acostumbrada a

ello. Pero, aquí tiene mis dos manos. Hasta la vuelta.

El sordo e impresionante sonido de la sirena nos hace reaccionar. Estábamos hablando y lo hacíamos tan quedamente, que los cabellos de Sabina me rozaban las mejillas. Alzada la planchada e iniciada la marcha del vapor, me retiré rápidamente de la orilla. Me asaltó un miedo horrible de caer en el agua...



# VI

## I - II y III

I

*más aproximado a la abstracción, en San Antonio, cordial pueblo catamarquense; jueves, noche.*

SABINA, Sabina: a qué despropósitos me conduce el temor de perderte. Llegó hasta adquirir una simpleza próxima a la idiotez y paso las noches en vigilia, violentado por una angustia indescriptible...

II

PROBARÉ a permanecer con los párpados en tensión. Es posible que así, por el cansancio, llegue a conciliar el sueño...

## III

SI la locura se apoderase de mí, el único poder en el mundo que podría salvarme eres tú, Sabina. Nadie se atrevería a entrar en mi habitación. Las paredes se desencajarían y a cada carcajada mía, desprenderíase una piedra del techo. Escucha: todos se estremecen. Los vecinos mueven compasivamente sus cabezas. ¡Afuera todo el mundo! ¡Tú también; retírate; no eres mi hermano! ¡Mientes! ¡Al primero que entre le estrello una silla en la cabeza! ¡Afuera, afuera! ¡Mirad, imbéciles! ¡Las paredes se desploman! ¡Quemaré toda la casa! ¡Que nadie se atreva a acercarse! ¡Lo estrangularía! ¡Mientes, mientes! ¡He dicho que no eres mi hermano! ¡No te aproximes! ¡Fuego, fuego!

¡La destrucción será completa! ¡Mirad! ¡Las paredes se retuercen! ¡Así retorceré el pescuezo de quien se ponga al alcance de mis manos! ¡He dicho que no los conozco! ¡No conseguirán encerrarme! ¡No, no, no! ¡Atrás! ¡Nadie dé un solo paso! ¡No, nadie!... ¡Dios tenga compasión de mí! ¡Eres tú, Sabina! ¡Ah! ¡El sonido de tu voz me salva! Entra en mí como la sangre cálida que cura al exangüe, convertido en héroe en el campo de batalla. Me sublimiza. ¡Qué tu piedad me ampare! Sabina: hace un instante, mi cerebro era una confusión de pensamientos malditos. ¡Eres sublime! Has venido con ese pañolón al que tanto cariño le tengo. Así únicamente podría salvarme de la locura. Estás majestuosa hoy, como nunca. No has sentido temor ante mi desvarío. Entraste en

mi alcoba sola, sin otra ayuda que la magnificencia de tus ojos, con su delicioso color... Mis amenazas no fueron escuchadas por ti. Sólo has oído mis clamores de salvación. ¡Eres hermosa y fuerte como nadie! Tus labios modulan palabras de aliento... Tus manos han tejido las mías y tus cabellos me rozan la frente. Me hablas, y yo sollozo con angustia. Dios te concedió el poder de salvarme...



# VII

## I - II - III - IV - V y VI

# I

*noches de la Semana Santa; en Choya, pueblo cuyos habitantes aún no se acostaron con la civilización.*

YO estaba sentado en la punta de un banco del parque: no apartaba la vista de tus balcones. La mañana era espléndida y los pregonadores gritaban con mayor claridad y alegría que de costumbre. Toda esa grita se estrellaba contra las paredes del poliedro que formó mi punto de vista. La base partía desde mis ojos, con la extensión que hay entre ellos; sus caras se prolongaban en dirección a tu casa, ensanchándose en el camino y formando vértices al chocar contra dos árboles, para volver a com-

primirse a medida que se aproximaban a tu puerta, donde estaba la otra base. Fué cuando uno de los pregoneros hizo sonar el timbre y acudió tu criada. Tomó las vituallas, pero antes de que se retirara, yo formé pantalla con mis manos y mi vista recorrió todo el trayecto del poliedro, para imprimirse en los ojos, en la frente, en el cabello, en el vestido de ella y en las provisiones que llevaba. Luego, allá, donde los muros impedían mayor trayectoria a mi poliedro, tus ojos sintieron el efecto de los míos y te extremeciste de alegría ante mi aviso. Instantes después, aparecías. Reventó el poliedro porque tu hermosura abarcaba mayor volumen y tuve que ocultar mi rostro con un diario, para que el guardían del parque no advirtiera mi emoción. Porque estabas deliciosa como nun-

ca y vestías con tu singular donosura. Esa cita clandestina nos emocionaba; cuando me aproximé a ti, tus mejillas estaban ligeramente sonrosadas y en tus labios se notaba un leve temblor. Pero al contacto de nuestras manos, reaccionamos. Desbordaba en ti el optimismo y me hablabas de una vida entusiasta. Caminamos veinte, treinta, cuarenta, cincuenta cuadras. Te dejaba hablar, porque, mientras, yo me deleitaba con los incontables tonos que adquirían tus cabellos junto a la nuca, al ser irisados por el sol, y con la contemplación de tu delicioso busto. Me dijiste, frente a un edificio, que gustabas de su arquitectura, y yo sentí orgullo de tu talento. Cuando nos despedimos, quedé estacionado en una esquina, desde la cual dominaba el camino que lleva a tu casa.

Volviste repetidas veces la cabeza para mirarme y en cada una de esas ocasiones, hacíase bruscamente y por breves instantes la noche. Yo daba, entonces, un violento salto, me elevaba por sobre los árboles y al encontrarme con las cúpulas, mis pies golpeaban con fuerza contra ellas, tomando impulso para que mi cuerpo, proyectado hacia la altura, llegase pronto hasta ti. Sin descender, desde el espacio, te besaba en los cabellos, furtivamente, porque la luz volvía de improviso. De regreso a mi casa, descargaba mis puños bruscamente sobre los muros de los edificios. Los cimientos retumbaban como sacudidos por una amenaza de temblor, y al ver desplomarse toda esa masa de piedra y de hierro, le oponía mi pecho y mis hombros, sobrehumanos de fortaleza.

## II

EN la puerta de mi casa me esperaban mi madre y mis hermanos y, torpe de mí, no supe ver la consternación en sus ojos ni la desesperación de sus movimientos. Mi perro olfateó mi presencia y atropellando a todos salió con furia del patio y, como de costumbre, se me abalanzó. No obstante me llamó la atención que no me recibieran con alguna broma, como siempre lo hacen y supuse la existencia de un incidente familiar.

En una de las habitaciones encontré a mi hermano, en misterioso diálogo con mi padre. Me violenté más, siempre con la sospecha de algún altercado, pero de improviso me sorprendió el angustioso llanto de mi madre, que había entrado,

y, a continuación, el de mis hermanas, que sin duda lo habían contenido hasta entonces. Recién me alarmé; pero cuando me dirigí a mi hermano en actitud interrogante, él, que no sabe de escenas emotivas, me dijo, en tono violento y con notable excitación nerviosa: —"Habla a la casa de Sabina". ¡Dios de Dios! La primera vez que alguien de los míos pronunciaba tu nombre en mi presencia. Sabían de nuestras entrevistas, pero jamás me habían hablado de ti. Corrí al teléfono. Pero la comunicación no se establecía y el llanto de mi madre y de mis hermanas acrecentábase. Solté el aparato y en breves instantes me encontré en un automóvil. Mi hermano, silenciosamente, me había acompañado. Las cuadras me golpeaban en la cabeza y mi pecho se hundía

más a cada golpe de los árboles, que, esquivando los cristales, se introducían en la caja del coche y me atacaban. El mecánico parecía tener las manos duras y ásperas como las piedras de la calzada, el motor estaba próximo a explotar y las barreras de los pasos a nivel se incrustaban cruelmente en mis ojos...

## III

EN tu casa sólo hallé a la criada. Al violento llamado del timbre acudió presurosa y se echó a llorar desconsoladamente en mi presencia: "¡Dios mío, señor..." Mis dedos casi le dislocan los hombros y entonces concluyó, rápida: "La llevaron al hospital; un autobús la atropelló". Tomé a la criada de un brazo y la arrastré hasta el automóvil. In-

dicó ella el camino al mecánico. Cuando llegamos frente al hospital encontré a numerosos amigos míos. Pocos de ellos te conocían, pero nuestro amar había llenado íntegramente la ciudad. Me guiaron hasta tu cama. Alguien descubrió tu cabeza. Vendada con gasas y tiras, y con horrendas manchas de sangre, adiviné las líneas de tu rostro, por tus inconfundibles cabellos. Era lo único que había quedado intacto. Los sollozos de tus padres me estremecieron y los brazos de tu madre me rodearon. Desplomóse el cielo raso y las paredes salieron de quicio y fueron aproximándose hasta tocarme con sus cuatro caras. Entonces sentí la dicha de ser apretado por ellas.

## IV

LARGO tiempo se necesitó para restaurar a la ciudad. Los muros son más altos y las cúpulas más ricas en mármoles y bronces. A las calles de antes han sucedido amplias diagonales, que la atraviesan en todas direcciones, embelleciéndola. Pero ha desaparecido la alegría. Los colores son opacos y todo tiene el aspecto de haber sido lavado por una llovizna de muchos años. Hoy es el primer día que salgo. Me sorprendo por la serenidad que me acompaña. Si no fuese por el gran cambio operado en la ciudad, ninguna emoción sentiría. Me llegué hasta el parque y, deliberadamente me senté en el mismo banco de siempre. La humedad me fastidiaba. Traté de reconstruir el poliedro con mis

ojos, pero el volumen se ensanchaba desmedidamente, formándose un enorme cubo. Me violenté porque la emoción no llegaba a embargarme y abandoné el parque. Hasta tu nombre me llegaba a la memoria en una forma muy vaga. Este fenómeno me dió una idea del tiempo que había estado enfermo. La mitad de las células de mi cerebro se habían muerto o dormido y se habían llevado mi emotividad. Puse una mano sobre el pecho, a la altura del corazón; los latidos eran rítmicos, como los de un reloj. Busqué calles desiertas y corrí cien metros; me detuve y consulté nuevamente los latidos. No habían cambiado. Continuaban con la misma regularidad. Crucé un paso a nivel, casi a la par de un tren. Y el alarido de la locomotora no me emocionó. Alcé la vis-

ta y si bien el cielo estaba azul, parecía formado por una amplia tela metálica de ese color. Un aeroplano surcaba el espacio dando la sensación de debatirse entre invisibles masas de musgos. Si en verdad la emoción había desaparecido en mí, también la diafanidad estaba ausente de la urbe.

## V

NO sabía que habías muerto, pero tu recuerdo me llegaba desde lejos, como las evocaciones de mi infancia. Sentía el deber de visitar el cementerio, pero no me resolvía... En mi primera salida, después de estar en el parque, fuí a un cinematógrafo; las horas pasaron rápidas. Por eso en los subsiguientes días hice lo mismo.

## VI

ASI transcurrió velozmente la temporada, al cabo de la cual, en una madrugada, me llegué nuevamente al parque. Pero en lugar de sentarme en el banco, pasé repetidas veces frente a la puerta de tu casa. Luego me detuve y giré la falleba, para establecer si estaba echada la llave. Observé con detención el tipo de cerradura. Medí con la vista la altura que había desde la acera hasta el balcón. Dos noches más tarde, después de probar varias llaves, tuve suerte y la puerta se abrió. Me introduje en la casa, con tranquilidad, pronto salvé las escaleras y no tardé en llegar a la que había sido tu alcoba. Los muebles estaban, por fortuna, sin cerrojos. Abrí un cajón de la cómoda y

hundí las manos. Sentí de improviso el contacto de las sedas y, ¡Dios sea loado! necesité cerrar los ojos y un estremecimiento me pasó por el cuerpo. ¡Los latidos de mi corazón eran atropellados, violentos, salvajes! Entonces, sentí temor y me puse en acecho, por si alguien de la casa hubiera despertado. Pero, Dios acudió en mi ayuda y salí a la calle con toda felicidad, y llevando tus sedas ocultas bajo mi sobretodo. Pero el desconcierto me había invadido nuevamente y no me consideré en seguridad hasta haber franqueado el umbral de mi casa. Todos dormían. Mi perro me saludó con ladridos de alegría. Me encerré en mi cuarto y hundí el rostro en tus ropas. Reconocí, una por una, las piezas. Recordé las oportunidades en que las vestiste. Apreté contra mi pecho tus zapa-

tos, aquellos que calzaras en nuestra primera entrevista. . .

Y al ver nuestro amado pañolón, creí desvanecerme. La sangre circulaba atropelladamente en mí. La emoción, ausente durante tanto tiempo, se resarcía con creces. Me desvestí y en el instante de tenderme en la cama, cogí el pañolón y me cubrí los hombros. Así concilié el sueño. En la siguiente noche, me acompañaron también las sedas de tu ropa íntima. El perfume dejado en ellas por tu cuerpo, era persistente y me dormía en el delicioso engaño de tu existencia. Y una mañana advertí que mi cuerpo había adelgazado mucho y me probé aquella ceñida blusa roja. . . ¡Dios me perdone! Mi vista tropezó, tal vez deliberadamente, con tu sombrero negro, bordado en plata y también me lo calcé.

¡Sabina !Mis cabellos, escapando por debajo del sombrero, me producían, frente al espejo, la sensación de que te estaba contemplando en vida. La bruñida luna comenzó a inclinarse y vi en ella el cielo raso que también se venía hacia abajo. Las paredes se retorcían y otra vez me sentí aplastado por una enorme masa de hierro y de piedra...



# VIII

## I

## I

*Sabina sí, Sabina no. Sabina sí, Sabina no. Sabina sí, Sabina no. Sabina sí, Sabina no... dice el traqueteo del tren que me aleja de los cerros catamarqueños y santiagueños; noche.*

MI cabeza no resiste ya tanta locura: Tu recuerdo me salva otra vez e imagino tus manos frescas alisando los surcos de mi abrasada frente. ¡Ah, Sabina! Así despierto de mi fantasía, que te ha creado: Eres hija de mi fiebre, pero te quiero como si en efecto existieras. Dios me perdonará estos disparates, porque El ha creado mi angustia, que fué tu creadora, Sabina...

# IX

## I

# I

*noche de Pascua, en Buenos Aires.*

DIOS sea loado! Siempre fuí optimista con respecto a mi porvenir. Pero si siguen las cosas como hasta ahora, terminaré creyendo que esa confianza es un espejismo de mi fiebre, un fenómeno de sugestión. Y que éste es la influencia benéfica. Mis alucinaciones han sido tan numerosas, mis años de fiebre fueron tan intensos, que te hallé en la realidad. Y eres, en la vida, la misma del ensueño. Unicamente difieres en el nombre. Pero tu figura es idéntica a Sabina.

Para mí eres ella, por tus ojos, tus labios y tus cabellos. Y por tu elegancia en el vestir y por tu espíritu deliciosamente suave... Instantes hay en que, junto a ti, me estremezco de espanto, porque se me figura estar alucinado aún: tan igual eres a aquella imagen. Pero tus caricias y tus claveles rojos me advierten que ahora vivo una realidad, para ventura nuestra. Por eso te llamaré Sabina, como un homenaje a ti y como fiel testimonio de que te estuve aguardando sin conocerte. Porque se necesitaban todas sus virtudes para traerte hacia mí.

# X

## I y II

## I

*noche de principio de año, en la misma gran capital.*

VESTIRIA de plata y rojo para fiesta de tu mirar y cantaría por las calles de la ciudad para regalo de tus oídos. Porque la seda de tus medias me hizo estremecer cuando apareciste en tu balcón. Barría el viento las hojas y tu falda remolineaba graciosamente, para exaltación de mi espíritu. Al principio quise sangrar las narices de los aurigas que habían alzado la vista, pero el viento arreció y a la ira sucedió el opti-

mismo. Te exponías únicamente para mí y por tres veces consecutivas me estremeció el espectáculo de la seda de tus medias. Al inclinarte para saludarme, adiviné el tenue azul del nacimiento de tus pechos. Tus labios se alargaron, salvando los tres metros que nos distanciaban y, prendidos en los míos, ascendí hasta tu balcón. La noche se hizo, rápido, y gusté de la frescura de tu seno y de la aspereza de tus dientes. Castañeteaban contra los míos en su afán de lo desconocido, y el horizonte se hizo más amplio aún. Cuando se renovó la luz, caminé por el cordón de la acera, haciendo equilibrio, para no caer en los abismos que son las junturas de las baldosas. Sus vórtices me tragarían para sustraerme al goce de tus sedas, de tus pechos, de tus labios, de tus dientes. Mi

amigo me hablaba de teatro; tiene sobrada razón: son abominables las representaciones que se dan en nuestros escenarios, pero por qué no me habla de la frescura de tus sedas? Sabina: estabas estatuaria en el balcón. Reinicióse con ese recuerdo mi tormento y abracé a mi amigo y en un gran automóvil me lancé en busca de Martha. Me besuqueó como de costumbre y la mordí brutalmente. Gritó de alegría, pero me abofeteó luego cuando, enloquecido, murmuré tu nombre, Sabina. Y mis puños se alzaron repetidas veces para descargarse sobre la cabeza, sobre los pechos, sobre los dientes de Martha. Y su sangre me salpicó en el cuello, en los ojos, en la boca. Con natural rapidez perdió el color de la vida. Toda la masa del edificio se abrió en dos y me encontré otra

vez en el cordón de la acera, que saltó por sobre las calles, los puentes, las cúpulas, para trasladarme velozmente hasta tu balcón. Y en tu ausencia aspiré el perfume que tus manos dejaron en el bronce de la baranda y dibujé con los dedos la silueta de tus pies sobre la baldosas y aferré la falleba de la ventana. Cuando luego me lancé al espacio, el júbilo fué ciclópeo en mí y habría deseado que fuese, entonces, caja musical mi cráneo, para que sonara a rebato al dar contra las piedras. El recuerdo de tus sedas me alegró otra vez. Ya serenado, me encaminé hacia mi casa. Y, a cien metros del paso a nivel del ferrocarril, aposté que lo cruzaba antes que el tren. Hinché el pecho, crispé los puños, y ante los asombrados vecinos que entibiaban sus abdómenes al incipiente sol,

corrí y pasé a tiempo de sentir en mi nuca el aliento aterrador de la locomotora. ¡Dios sea loado: gané y tú serás mía!

## II

EL olor del musgo es tan penetrante ahora, que llega hasta mi cama. Debe estar muy próximo el sol. Llegará la mañana plena y me sorprenderá desvelado por la alegría de tu recuerdo, Sabina.



# XI

## I – II – III – IV – V – VI y VII

## I

*en Buenos Aires, noche de Reyes.*

ESTABAS radiante la noche del ciclo del Poeta. Era la siguiente a aquella en que reñimos. Pero vestías la blusa roja y llevabas recogido el cabello por una cinta plateada. Se advertía en ti el deseo de agradarme. Buscaste, para ello, los colores que ambos amamos. En tu rostro no se notaba señal alguna de las emociones sufridas la noche anterior. Rebosaba en ti la jovialidad y procurabas trasmitírmela...

## II

CUANDO tu Maestro preferido se colocó ante el piano y sonaron los primeros acordes de tu bien querido poeta, volviste el rostro hacia el escenario. Pero ya sé que tu pensamiento no podía alejarse de las escenas de la noche pasada. Porque a mí me sucedía lo mismo... Erguido el busto, en tu acostumbrada posición, estirado el cuello como si buscaras el cielo, y las manos, una sobre la falda y la otra sobre la baranda del palco, me rozabas con un brazo. ¡Ah, Dios! ¡Tu cuello, tus manos! Era incesante la angustia del recuerdo. Me hundía en el ambiente de iglesia del gran teatro y la música suscitaba, en mí, el recuerdo de la noche anterior, pasada contigo, en tu casa:

## III

A tus espaldas, a corta distancia de ti, fundido en la penumbra, trataba de atender la música que, afiebrada, ejecutabas en tu piano. Mas era imposible. Los colores delicados de tu vestido destacábanse del oscuro mueble y cuando, a un violento tecleo, cayó de tus hombre mi querido pañolón, contemplándote me enajené. Tu cuello era la expresión más acertada de la belleza y tus caderas... ¡Unicamente Dios sabe qué me suscitaban tus caderas! Te sabías objeto de mi obcecación y eso acrecentaba tu fiebre en el piano. Tenues cabellos se habían desprendido en tu nuca y cerré mis ojos apretadamente. Cuando concluiste, a tu pregunta, necesité largo tiempo para reponerme y aun

así, no logré responder si había gustado de la música... Fué entonces cuando te hablé. Con asombrosa tranquilidad. Nada de apasionamiento. Sólo la voz ligeramente emocionada. Ni tampoco me senté a tu lado. ¿Recuerdas? —"Es que en tu ausencia, en las largas horas del viaje hasta tu casa, en las interminables noches sin dormir, en la angustia de la desesperación, me había repetido tantas veces el inmenso amor hacia ti, que ya esa idea se había asimilado a mí. ¡Ah, Sabina! Cuando ausente de nuestro hogar, recordamos a los que en él hemos dejado, siempre nos asalta el temor de encontrarnos con alguna desgracia, al regreso. Y centenares de veces nos estremecemos a la idea de hechos horrendos como la muerte de los seres amados. Y, cuando en realidad ocurren, nos sor-

prendemos de que el llanto no acuda a nuestros ojos ni que la desesperación nos haga su presa... Eso mismo ocurre con el cariño mío hacia ti. Sabina, te amo como nadie pudo ni podrá hacerlo. Y yo sé que tú también me amas". Así te hablaba yo. De pie, frente a ti. Sostenías tu cabeza con ambas manos, apoyado en ellas el mentón y descansando los codos sobre tus muslos. No me mirabas. Ningún sonido pudo salir de tu garganta. Jamás la emoción será otra vez en ti, tan fuerte. No tuviste energías para responderme. Comprendí; pero, de improviso, la tranquilidad que hasta entonces me había acompañado, desapareció, para sucederle una fiebre desconcertante. Me encontré sentado junto a ti. Esta vez te hablaba quedamente, al oído. Pero tu actitud no variaba. En la penumbra

de la sala pude advertir, no obstante, la palidez de tus mejillas. Y me hundí por completo. Te acaricié la cabeza y al contacto de tus cabellos, me estremecí. Y, dejándome llevar de la emoción, te tomé las manos y las besé. Cuando alcé el rostro, tú habías hecho lo mismo y entonces advertí que tus ojos estaban humedecidos .Comprendí cuanto me querías y comprendí mejor aún el tesoro que guardabas en tu silencio. Parecías hipnotizada, porque tus dedos, como impelidos por suaves resortes mecánicos, me rozaron levemente los cabellos. ¡También sólo Dios sabe como me presionaban tus dedos! Por eso no escuchamos los pasos de tu madre, al entrar en la sala. Pero la oscuridad nos salvó y la emoción fué un secreto delicioso... Cuando reaccionamos se produjo aque-

lla rencilla, por un motivo fútil, y por primera vez nos despedimos sin que el rojo clavel fuese desprendido de tu pecho...:

## IV

TE estremeciste y tu brazo se apoyó con mayor fuerza en el mío. Tu Maestro se había olvidado del auditorio. Estaba con el poeta.

## V

EL héroe había muerto y las trompetas se elevaban al cielo en su honor. El viento barría con furia las hojas de la tumba...:

## VI

NADIE pasará por aquí. Con los ojos te pedí serenidad. Pero no era necesario. No te habías movido de la butaca e infundías con palabras, alientos a tu madre. Tejidas tus manos con las de ella, la mirabas serenamente. El público se había desencadenado. Mugía como bueyes y aullaba como lobos hambrientos. Olvidábanse de toda consideración y se atropellaban en forma salvaje. Pero nadie pasará por aquí. ¡Te lo juro! Saltaban de palco en palco y, cuando vi a esa majada, próxima ya al nuestro, de un salto estuve delante tuyo y de tu madre. Me aferré a la baranda con una mano, oponiéndoles una barrera así, mientras remolineaba la otra, descargando golpes bárbaros. Mi pecho era

una coraza de bronce. Resonaban en él los incesantes golpes de los salvajes, que trataban de salvarse del siniestro, pasando por donde nos hallábamos. Nos arrollarían y con los ojos extraviados por alegría malsana, se encontrarían en la calle, salvos. Pero soy fuerte como nadie. Son pocos para abatirme. A cada golpe de mi puño, uno de los salvajes se elevaba por el aire y era despedido hacia la platea. Sus huesos suenan acompasadamente, al estrellarse, allá abajo. ¡Oye! Crik... crak... cruk... crik... crak... cruk... Sus gritos de dolor me infunden más coraje. Alguien se ha apoderado de una butaca y la destroza sobre mi brazo que apoyo contra la baranda. Pero el dolor me estimula y redobla mis energías. ¡Quiera Dios que los golpes sean más fuertes! La majada se revuelve y patea.

Toma ímpetu y se estrella en un solo y violento envión contra mi pecho. Pero no logran vencerme. Son pocos. ¡Dios de Dios! ¡La baranda cede! ¡El fuego la ataca! ¡Alabado sea Dios! Los salvajes se van con la baranda. Los cráneos estallan con ritmo y un olor acre a carne quemada se eleva en la sala. Estamos solos en el piso de los palcos. El humo ha desvanecido a tu madre, pero tú estás como al llegar: serena. Esta vez tus ojos están fijos en los míos. No pronunciamos palabra alguna. Tomo a tu madre en mis ciclópeos brazos, paso por entre las llamas y el humo y salgo con ella a la calle. El público y los soldados tratan de impedirme regresar a la sala. Pero soy fuerte como nadie. Mis puños se elevan y descargan golpes bárbaros. Ofrezco mi pecho y mi rostro para que

también ellos castiguen. Así me infunden más valor y mayor fortaleza. Bien pronto estoy a tu lado. No te has movido de la butaca. Y las llamas ya han llegado hasta el palco. Tus ojos me dicen el orgullo que sientes por haber salvado yo a tu madre. No hay explicaciones entre nosotros. . . :

## VII

TU brazo se apoya con mayor fuerza, aún, en el mío. Tu mano se desprende de la baranda y nuestros dedos se entretejen. A tiempo. El público, de pie, aplaude a rabiar, a tu Maestro, pidiendo bis. La Marcha Fúnebre ha concluído.

# XII

## I - II y III

## I

*en Buenos Aires; noche.*

UNA pareja de ciervos arrancó de mí y partió veloz en busca de los claveles rojos que temblaban sobre tu blusa, Sabina. Pero en vano fué la carrera y regresaron sedientos, transformados en dos toros temblando de coraje. Y me embistieron, clavándome las astas, uno en las órbitas, el otro en las sienes. Y, dos, tres, cuatro, cinco veces, a tu vista, Sabina, partieron los ciervos, en saltos de alegría y regresaron los toros, más enfurecidos aún, y me amurcaron despiadadamente. Antes, al pensar en ti, recordaba a nuestro querido pañolón. Mas

ahora, son los claveles rojos quienes me provocan la desesperación y producen en mí la angustia de saberte lejos. Les canto, porque su recuerdo me ocasiona una tristeza voluptuosa; y cerrando los ojos, los veo moverse rítmicamente, a la vida de tu seno, formado por dos pechos fuertes y redondos... Y el perfume que aspiro es el de tu piel, que domina así al de los claveles. Por eso guardo con avaricia los pocos que me diste. Y los acaricio tiernamente y los beso con pasión, como quien besa los entreabiertos labios de su novia y acaricia su cuello y sus hombros...

II

ME elevé de la tierra y topé con su satélite. Mi pecho ha servido de garrucho para la ascensión, porque sien-

to una angustia indescriptible, como si por él hubiese pasado la cuerda. Y pude cerciorarme así, de que, en efecto, una pareja habita en la luna. Pero, Dios me asista. Reconocí tus facciones en la mujer. Y el varón me miró con hosquedad, empuñó larga lanza y me arremetió. Su aspecto era dominador: estaba semidesnudo, vistiendo únicamente una piel de oso y sus cabellos estaban ceñidos por ancha cinta de plata, que, sin duda alguna, tú le habías dado. Con la agilidad que aprendí en la tierra, di un gran salto y le arrebaté la cinta y la lanza. El se aferró a mí y en esa forma descendimos bruscamente. Reconquistó su arma y salvajemente me hirió. Desenfundé mi revólver y los proyectiles explotaron silenciosamente y fueron a incrustarse en su pecho y se desplomó,

muerto. Corrió la gente y los soldados me prendieron. Las ropas de mi rival estaban en desorden y su cartera, tirada en el arroyo, estaba rota. En mi diestra empuñaba el maravilloso revólver, mientras en la otra mano tenía fuertemente apretaba la cinta que sustraje de la cartera...

## III

DE improviso, la cárcel inundóse de diafanidad y mi calabozo se amplió. Entrabas tú, Sabina. Más esbelta que nunca, tus pasos sonaban firme sobre las baldosas de la cárcel y producían ecos alegres en todos sus ámbitos. Me oculté en la penumbra. Y tú, con la angustia reflejada en los ojos, pero calmosa la voz y serenos los ademanes, lle-

gaste junto a mí y tus manos se tejieron una vez más con las mías y tu palabra sirvió otra vez de alivio. Luego tomaste mi cabeza y la hiciste reclinar sobre tu pecho. Mis lágrimas humedecieron tus claveles, mientras tus dedos acariciaban mis sienes. Al despedirte de mí, no fué uno solo el clavel desprendido de tu blusa y besado francamente, sin fingir, para ello, que aspirabas su perfume como simulas hacerlo habitualmente. Los besaste aún a la vista de nuestras madres que, abrazadas, sollozaban junto a la puerta de mi calabozo.

# XIII

## I - II - III - IV - V y IV

## I

*otra noche en Buenos Aires.*

SOY peor que un maldito! Hablo de mi Sabina y pasa por mí el recuerdo de aquellos pecaminosos instantes con Martha. Mi buena Sabina: ésto me ocurre en castigo de mi acción de ayer. No estrujaré más tus manos. ¡Dios me perdone! ¡Qué aspecto adquirió tu semblante! ¿Recuerdas? Quise corregir mi proceder y froté con fuerza tus manos, una por una. Pero tú las retiraste, para cubrirte el rostro y ocultarme el rubor que se apoderó de ti.

## II

MAÑANA, a primera hora, iré a tu casa para decirte que anoche concilié el sueño mordiendo los pétalos del clavel que me diste por la tarde. El rumor que producían al ser heridos, me recordaba a tus labios, después de beber. Porque, en la oscuridad de mi alcoba, subsentía a la pobre flor humedecida por un rojo transparente... Y su perfume te evocaba íntegra en mí. No le restaba nada de su aroma natural. El que yo aspiraba había sido robado por ella de tu cuerpo. Bien lo sé yo. De tu pecho la sacaste para dármela...

## III

MALDICION caiga sobre aquella hereje! Me asalta su recuerdo ahora. ¡Dios guarde de su contaminación a mi Sabina!...:

## IV

PODRIA provocar piedad en ella, así, con un solo brazo. Mas no: no debo dejarme asaltar por el egoísmo. La vida de Sabina junto a un manco, sería angustiosa. ¡Ella, toda perfección, vivir con un tullido! ¡Me haría cortar, en efecto, un brazo!

## V

AH: otra vez el recuerdo de aquella hereje! Merecería que me faltasen los dos brazos, no uno solo. ¡Ah, Sabina: tu clavel me purifica! ¡Con él te tengo a ti! Cierro los ojos, porque mi cuarto está inundado por la claridad de la luna, y te imagino acariciando con tus dedos mis labios y cerrándome luego los

párpados, para ayudarme a conciliar el sueño...

## VI

LOS nacientes senos distínguense a través de los tules y los sonrosados flancos se descubren a cada movimiento. Son incontables hoy las vírgenes y las trompetas que hacen retumbar la tierra...



# XIV

I – II – III – IV – V – VI y VII

## I

*todavía en la ciudad incolora.*

HA estado muy bien el Maestro en su conferencia de anoche. Temí que se desatara en improperios contra la música moderna. Muy al contrario: ridiculizó la ópera. Yo me había acomodado en la platea, desde donde veía a dos amigos míos.

## II

LASTIMA de auditorio. Pecheras impecables en los hombres; labios bien pintados y carnes tentadoras en las mujeres.

## III

LA voz del conferencista es fuerte. Llena toda la sala y él la acompaña de gestos enérgicos. Sus ojos brillan de entusiasmo cuando ensalza al teatro del siglo pasado.

## IV

YO dominaba, también, con la vista, desde mi butaca, a Sabina. La acompañaba su tía. Tres días hace que no me habla. Ignoro la causa. Sin embargo, está muy hermosa y viste con su buen gusto habitual. Ah: bien comprendo ahora. Ya no lleva sobre sus hombros aquel pañolón que tanto me gustaba. . .

## V

EL conferencista está decididamente en contra de la música moderna. Se produce un breve silencio en el auditorio. Nadie se atreve a protestar. Es el Maestro, recién llegado de Europa, quien hace esas afirmaciones, de pie, con ademán resuelto. Alguien insinúa un débil aplauso, que es repetido por todos los demás. El Maestro se alisa la cabellera y ocupa de nuevo su sillón. Con aire satisfecho, reanuda la conferencia.

## VI

YO estoy aterrado. Miro hacia donde está Sabina y la veo en atención. No está inmutada. En cambio, mis dos amigos demuestran estar contrariados. ¡Ah Sabina; hasta dónde has llegado!...

## VII

NO resisto más y me pongo violentamente de pie y con un solo grito protesto. Mi exclamación resuena como un bólido. Todos vuelven el rostro hacia mí. Miro por segunda vez a Sabina y a mis amigos y adquiero mayor coraje. Y le niego el derecho de hablar de la música. Varios empleados de la sala corren hacia mí, con el evidente propósito de arrojarme a la calle. Pero el Maestro luce un gesto de estudiada generosidad y aquellos se detienen. Dirijo mi vista por tercera vez hacia Sabina y, resuelto, me hundo: —"¡Ni usted, ni el auditorio sabe lo que es música! ¡Mire un instante hacia la sala! La llenan en su inmensa mayoría, mujeres. Pregúnteles qué es el arte. ¡Observe bien!

¡Escotes empolvados y pantorrillas bien visibles! Han venido para aplaudir al Maestro importado. ¡O quizás, acudieron con un inconfesable deseo de tener amores con él!" El Maestro, que comprende cuál debe ser su actitud ante el público, adopta una expresión de dignidad ofendida, en su rostro. Baja del estrado y se dirije decididamente hacia mí. Yo estoy de pie, junto a mi butaca, punta de fila. Miro a Sabina y no retrocedo ni un paso. En tanto, el Maestro se acerca. Mis dos amigos hacen lo mismo, apresuradamente, y llegan a tiempo para detener el bofetón que aquél iba a aplicarme. Comienzo a retirame de la sala. Los concurrentes reaccionan de improviso y me despiden con una rechifla general. Mis dos amigos me abrazan. Al pasar junto a la butaca de Sabina,

ésta me mira y dice: —"Es usted un insolente". En el vestíbulo, el secretario y el empresario del conferencista tienen una breve entrevista con mis dos amigos y se cambian tarjetas. El Maestro debe ser un buen espadachín. Todos los europeos tienen esa fama. ¡Bah! Me matará. O lo atravesaré yo con el acero. Si me hiere, es posible que Sabina venga a verme...



# XV

## I

# I

*en Santiago del Estero.*

MI buena amiga Evora: Para usted y todos mis amigos, la actitud que adopté en el día de mi partida de la Capital, ha sido, sin duda alguna, inexplicable. Porque me conocen impetuoso, apasionado, atropellado en todo lo que signifique una manifestación de amor. Y todos ustedes saben que yo amo a Sabina. Pero ignoran que la amo con intensidad y nobleza que nadie es capaz de alcanzar en la tierra. No se son-

ría con gesto indulgente, amiga mía. Tan cierta es esa afirmación, como lo es la belleza de Sabina. Y voy a demostrárselo, explicándole simultáneamente el porqué de mi extraordinaria conducta: Imagine usted, adorable Evora, una escena en un mundo desconocido. Dos parcelas de tierra, por no menos rara propiedad, vuelan perennemente en una misma dirección. Su paralelismo les impide estar en contacto y una distancia incalculable las separa. Nada más existe en ese mundo: el aire y las dos parcelas. Una de ellas es Sabina, la otra yo. Nos adivinamos a través de la lejanía pero son inútiles los esfuerzos para hallarnos. Ambos sufrimos en igual medida y con análoga pasión imploramos a nuestro Hacedor, que nos una. Y en un día glorioso somos atendidos.

Conviértese ella en impetuoso torrente que me inunda de felicidad. Y caemos ambos en otro mundo, donde existen más parcelas que se me asemejan. Y el torrente que es Sabina, sabiéndose bien amada por mí, es decir, sintiéndose segura de su dominio, llega a humillarme, con el preconcebido propósito de afianzar más aún mi cariño. Pero si bien la humillación llega a ser salvaje — perdóneme, usted que es tan buena amiga de ella — su amor me sigue siendo fiel. Recién entonces advierto cuánto la quiero. En el primer instante sentí como si materialmente me estrujasen el corazón, porque la creía incapaz de tratarme en esa forma. Pero después reaccioné de modo insospechable en mí, pero muy explicable por la calidad de amor que le profeso: Yo que, bien lo sabe usted, he

vivido siempre perdonando, que he soñado toda mi vida con una mujer como Sabina, resuelvo perderla. Y, lo que es más, perderla antes de haberla ganado definitivamente. Porque si la perdonara, significaría admitir la humillación. Y aceptar una humillación de la mujer amada, es mucho desmerecer en su concepto. ¡Y no! Prefiero volver a mis angustias sentimentales, a la trágica soledad de otrora. Pero desmerecer ante ella como varón fuerte, nunca. Porque la quiero como nadie sabe hacerlo. Y no deseo que en su vida quede una historia de amor con un varón pobre de espíritu. Es el mejor de los homenajes que puedo hacerle y es la más pura prueba del verdadero amor que le tengo... ¿Me he explicado, amiga mía? Por eso estuve hiriente a veces y otras jovial con

exceso, en la reunión, en Buenos Aires. Y esa es la causa porque descuidé a Sabina. ¡Yo, que sabía llegar al ridículo en mis solicitudes! Usted, mi buena Evora, como mujer y amiga de ella, no ha de comprender bien mis explicaciones. Dirá que son frías, demasiado serenas para ser sinceras. Es que a fuerza de crueles ensayos, he logrado dormir mis cuerdas emotivas para evitar así que en presencia de Sabina estallen y le manifiesten que aun la amo y que es para siempre... ¡Y no quiero que eso se produzca! Ahora está demostrado gráficamente que, en el amor, nadie puede alcanzar la intensidad y la nobleza que yo. Perdone y recuerde siempre con cariño a su incondicional e infortunado amigo."

# XVI

## I y II

# I

*en Santiago del Estero, a V kilómetros de Buenos Aires.*

COMO! ¡El primer rayo de sol ya! Siento una gran pesadez... ¡Ah, Sabina: si tu retrato estuviera apoyado allí, sobre aquella carpeta!... Caramba: ¡El encargo del profesor! Esta tarde lo cumpliré... Sabina... Sabina...: ¡Dios me asista! ¡Una vez más esa alucinación! Terminará trastornándome por comple-pleto.

## II

SI, ya no iré más al puerto. Pero ella regresa hoy y me estará esperando. Se asoma por la borda. Sabina... Me levantaré temprano...: si se le ocurriese a alguien entrar y cubrirme con las cobijas...



**ENUMERACION DE**

## "EL HOMBRE QUE PERDIO EL SUEÑO"

# EDICIONES M. GLEIZER

TRIUNVIRATO 537

| | | |
|---|---|---|
| **Aramburu Julio.** — Tucumán . . . . | $ | 2.— |
| Amaya Florencio J. — El dolor de vivir | „ | 3.— |
| **Aybar Sobrecasas.** — El amor como redención . . . . . . . . . . . | „ | 2.50 |
| Alas Claudio De. — Visiones y realidades . . . . . . . . . . . . . | „ | 2.50 |
| Alas Claudio De. — Id id, en tlea . | „ | 3.— |
| Arsamasseva Margarita de. — El brazalete de záfiros (novela) . . . . | „ | 2.— |
| Barreda Ernesto Mario. — Nuestro Parnaso (4 tomos) . . . . . . . . | „ | 8.— |
| Barreda E. M. — Una mujer (novela) | „ | 2.— |
| Barreda E. M. — Baba del diablo (novelas y cuentos) . . . . . . . . . | „ | 2.50 |
| Bermann Gregorio. — José Ingenieros | „ | 2.50 |
| Borges Jorge Luis. — El idioma de los argentinos . . . . . . . . . . | „ | 2.50 |
| Bosco Guillermo, Dr. — Electrocardiografía y poligrafía clínicas . . . . | „ | 6.— |
| Bosco Guillermo, Dr. — Tratado de Semiología (2 tms. encuadern.) . . | „ | 30.— |
| **Boy — Las parejas negras** . . . . . . | „ | 2.— |
| Boy. — Marú. Novela romántica desarrollada en cartas . . . . . . . | „ | 2.— |

| | | |
|---|---|---|
| **Brumana Herminia C. — Cabezas de mujeres** . . . . . . . . . . . . . | $ | 2.— |
| Cancela A. — Palabras socráticas. . . | „ | 2.— |
| Cancela A. — Palabras socráticas. Encuadernado, especiales y numeradas | „ | 10.— |
| Cancela A. — Tres relatos porteños . | „ | 2.— |
| Cancela A. — Id id (en tela) | „ | 3.— |
| Cancela A. — El burro de Maruf . . | „ | 2.50 |
| Carrasco Germán. — Rima de inquietud | „ | 1.50 |
| Cascella Armando. — La tierra de los papagayos . . . . . . . . . . . . | „ | 2.— |
| **Casinelli Amadeo. — Acuarelas** . . . | „ | 2.— |
| Cichero Félix Esteban. — La vida en cuentos . . . . . . . . . . . . . | „ | 2.— |
| Cichero F. E. — Los Zánganos . . . | „ | 2.— |
| Cichero F. E. — Puntos de vista . . | „ | 2.— |
| Calle Jorge. — El pasajero sugerente | „ | 2.50 |
| Cortina Aravena. — Nocturnos y otros poemas . . . . . . . . . . . . . | „ | 2.— |
| Correa Luna Carlos. — Alvear y la diplomacia de 1824 - 25 . . . . . . | „ | 2.— |
| Danero E. M. S. — La aventura negra (novela) . . . . . . . . . . . | „ | 1.50 |
| **Del Plata Rodolfo.—La locura de Nirvo** | „ | 2.— |
| Donoso Armando. — Sarmiento en el destierro . . . . . . . . . . . . . | „ | 2.50 |
| Dubnow. — Historia contemporánea del pueblo judío . . . . . . . . . . | „ | 6.— |
| **Dubnow. — Historia contemporánea del pueblo judío, tomo II** . . . . . | „ | 6.— |
| **Echagüe Juan Pablo.—Hombres e ideas** | „ | 3.— |
| **Eichelbaum Samuel. — Un hogar** . . | „ | 1.20 |
| **Eichelbaum Samuel. — Un monstruo en libertad** . . . . . . . . . . . . . | „ | 2.50 |

| | | |
|---|---|---|
| **España José de.—La mujer de Shanghai** | ,, | 2.— |
| **España José de.** — Psicología de Rosas | ,, | 2.— |
| **Espejo Juan Luis. — Los amigos de Gómez Barbadillo** . . . . . . . . . . | ,, | 2.50 |
| **Fabri Luis.** — Dictadura y revolución | ,, | 2.— |
| **Fernández Macedonio. — No todo es** Vigilia la de los ojos abiertos . . . . | ,, | 3.— |
| **Fijman J.** — Molino rojo . . . . . . | $ | 2.— |
| **Fingermann G.** — Estudios de psicología y estética . . . . . . . . . . | ,, | 2.50 |
| **Franco Luis L.** — Coplas del pueblo . | ,, | 2.— |
| **Franco Luis L.** — Nuevo mundo . . | ,, | 2.— |
| **Goldschmith. — Moscú (viaje por la** Rusia soviética) . . . . . . . . . | ,, | 2.— |
| **Goldschmith. — Id id id (en tela)** | ,, | 3.— |
| **Gómez Ibáñez Eduardo—Cantos salvajes** | ,, | 2.— |
| **González Tuñón E.** — Tangos . . . . | ,, | 1.50 |
| **González Tuñón E. — La rueda del molino mal pintada** . . . . . . . . . | ,, | 2.— |
| **González Tuñón E. — El alma de las** cosas inanimadas . . . . . . . . | ,, | 1.50 |
| **González Tuñón R.** — El violín del Diablo . . . . . . . . . . . . . | ,, | 2.— |
| **González Tuñón R.—Miércoles de Ceniza** | ,, | 2.— |
| **Giménez Pastor.** — Velada de cuentos | ,, | 2.50 |
| **García Velloso E.** — Piedras preciosas | ,, | 3.— |
| **García Velloso E.** — El falsificador de emociones . . . . . . . . . . . | ,, | 2.— |
| **García Velloso E.** — La jugadora de pocker . . . . . . . . . . . . . | ,, | 2.— |
| **Gouchón Cané E.—Los héroes del amor** | ,, | 2.— |
| **Grunberg Carlos M.—El libro del tiempo** | ,, | 2.— |
| **Gutiérrez Ricardo. — La flecha en el** vacío . . . . . . . . . . . . . | ,, | 2.50 |

| | | |
|---|---|---|
| **Gerchunoff Alberto. — La Asamblea** de la Bohardilla . . . . . . . . . . | „ | 2.50 |
| **Gerchunoff Alberto. — La Jofaina maravillosa** . . . . . . . . . . . . . . | „ | 2.50 |
| **Gerchunoff Alberto. — El hombre que** habló en la Sorbona . . . . . . . . | „ | 2.50 |
| Gerchunoff Alberto. — **Historias y proezas** del amor . . . . . . . . . . . . | „ | 2.50 |
| Gerchunoff **Alberto. — Pequeñas prosas** | „ | 5.— |
| Gerchunoff **Alberto. — Id id en pergaminos** numerados . . . . . . . . . | „ | 10.— |
| **Gálvez Manuel. — Una mujer muy mo**derna . . . . . . . . . . . . . . . . . | „ | 2.— |
| **Gálvez Manuel. — La maestra normal** | $ | 2.50 |
| **Gálvez Manuel. — Nacha Regules** . . | „ | 1.50 |
| **Haya Delatorre. — Por la emancipa**ción de América Latina . . . . . . | „ | 2.50 |
| Heredia Pablo. — Experimentaciones endócrinas . . . . . . . . . . . . . | „ | 8.— |
| Herrero Antonio.—Alfredo L. Palacios | „ | 1.50 |
| House Guillermo. — Alma nativa . . | „ | 2.50 |
| Ibarguren Carlos. — Manuelita Rosas (6a. edición) . . . . . . . . . . . . | „ | 2.— |
| Ibarguren C. — De nuestra tierra (2a. edición) . . . . . . . . . . . . . . | „ | 2.— |
| Iglesias Julio **Eugenio.** — Anaquel . . | „ | 2.— |
| Kropotkine P. — Los ideales y la realidad en la literatura rusa . . . . | „ | 4.— |
| **Kropotkine P. — Etica** . . . . . . . | „ | **2.50** |
| Krupkin Ilka. — La taza de Chocolate | „ | 1.50 |
| Krupkin Ilka. — El hombre que perdió el sueño . . . . . . . . . . . . . . | „ | 2.— |
| **Laplace Alberto. — El hombre que tuvo** una idea . . . . . . . . . . . . . . . | „ | **3.—** |
| **Lagorio A. — Las tres respuestas** . . | „ | **2.50** |

**Lagorio A.** — El traje maravilloso y otros cuentos . . . . . . . . . . „ 2.50
**Last Reason.** — A rienda suelta . . . „ 1.50
**Ledesma Roberto.** — Caja de música . „ 1.50
**Loncan Enrique.** — He dicho . . . . „ 2.50
**Loncan Enrique.** — Las charlas de mi amigo (2a. edición) . . . . . . . Agotado
**Lugones Leopoldo.** — El ángel de la sombra . . . . . . . . . . . . . „ 2.50
**Lugones L.** — La Guerra Gaucha . . „ 3.—
**Lugones L.** — El libro de los paisajes „ 2.50
**Lugones L.** — Las fuerzas extrañas . „ 3.—
**Lugones L.** — Lunario sentimental . „ 3.—
**Luz y Sombra.** — Chic . . . . . . „ 2.50
**Marechal Leopoldo.** — Los aguiluchos „ 2.—
**Marechal L.** — Días como flechas . . Agotado
**Mallea E.** — Cuentos para una inglesa desesperada . . . . . . . . . . „ 2.—
**Melián Lafinur Alvaro.** — Las nietas de Cleopatra . . . . . . . . . . . . „ 2.50
**Mariani Roberto.** — El amor agresivo . $ 2.—
**Martínez Cuitiño Vicente** — Teatro:
Tomo I: La fuerza ciega. La humilde quimera . . . . . . . . . . . „ 2.50
Tomo II: El segundo de amor. La bambolla. Rayito de sol . . . . „ 2.50
Tomo III: La fiesta del hombre. Los Colombini. El viaje de D. Eulalio „ 2.50
Tomo IV: Los soñadores. El malón blanco. No matarás . . . . . . „ 2.50
Tomo V: Cuervos rubios. Mate dulce. Notas teatrales . . . . . . . . „ 2.50
Tomo VI: La mala sombra. El derrumbe. Nuevo Mundo . . . . „ 2.50
**Medina Onrubia S.** — Akasha (novela) „ 2.—

| | |
|---|---|
| Medina Onrubia S. — El vaso intacto | „ 2.— |
| Méndez Caldeira María Angélica. — Gracia y Castalia . . . . . . . . | „ 2.50 |
| Mercante V. — Paidología . . . . . . | „ 3.— |
| Mercante V. — Charlas pedagógicas . | „ 3.— |
| Mercante V. — Maestros y educadores, tomo I | „ 3.— |
| Mercante V. — Id id id, tomo II | „ 3.— |
| Mercante Víctor.—Tut-Ankh-Amon . . | „ 3.50 |
| Morales Delio. — Raymundo Nansen, el atormentado . . . . . . . . . . . | „ 2.— |
| Morales D. — La confesión de Lander Pausarac . . . . . . . . . . . . | „ 2.— |
| Moreno Ismael. — El matadero . . | „ 2.— |
| Moreno Ismael. — La Huerta. . . . | „ 3.— |
| Monselli Emilio. — Lógica. (Traducción del prof. G. Fingerman, encuad.) | „ 3.50 |
| Molinari Víctor Luis. — Pecado do juventud . . . . . . . . . . . . . . | „ 1.50 |
| Mosquera Kelly F. — Del Plata al Illimaie . . . . . . . . . . . . . . | „ 2.50 |
| Nogueira Manuel N. — Los excluídos del amor . . . . . . . . . . . . . | „ 2.50 |
| Ortiz Echagüe Fernando. — Pasajeros, correspondencia y carga . . . . . | „ 2.50 |
| Olascoaga Laurentino. — Geografía Económica Argentina . . . . . . . | „ 6.— |
| Olascoaga L. — Sociología Comparada | $ 5.— |
| Olascoaga L. — La leyenda del castillo de Skokloster (Suecia) . . . . . | „ 2.50 |
| Olivera Lavie Héctor. — Una tragedia | „ 2.50 |
| Oliván Santiago C. — Las visiones del rondín (cuentos) . . . . . . . . | „ 2.— |
| Oliván Santiago C.—El retablo inquieto | „ 2.— |

| | | |
|---|---|---|
| Olivari Nicolás. — La musa de la mala pata | „ | 1.— |
| Orgaz Raúl A. — Páginas de crítica y de historia | „ | 3.— |
| Osés Miguel. — Eva entre naranjos | „ | 2.50 |
| Pagano José León. — El hombre que volvió a la vida | „ | 2.50 |
| Payró Roberto J.—El mar dulce | „ | 2.50 |
| Pascarella Luis. — Horas matinales (páginas de un escolar) | „ | 1.50 |
| Palcos Alberto. — El genio (segunda edición) | „ | 3.— |
| Palcos Alberto. — La vida emotiva | „ | 2.50 |
| Palacios Alfredo L.—Universidad Nueva | „ | 5.— |
| Peretz.—Adán y Eva. Traducción de Resnik (tela) | „ | 3.— |
| Peyret Marcelo. — Alta Gracia | „ | 2.50 |
| Peyret Marcelo. — Mientras las horas pasan (cuentos de amor) | „ | 2.— |
| Quesada Josué. — Idolos que pasan | „ | 1.50 |
| Rawson Manuel. — Emilio Mitre | „ | 2.50 |
| Rolland Romain. — Clerambault (segunda edición) | „ | 2.— |
| Rojas Paz. — La metáfora y el mundo | „ | 2.— |
| Renán Ernest. — Patricio (encuadern.) | „ | 2.— |
| Ripamonte Carlos P. — Janus | „ | 2.50 |
| Ruibal Salaberry Dr. — Higiene Pública Ingeniería sanitaria | „ | 6.— |
| Rinaldini Julio.—Críticas extemporáneas | „ | 2.— |
| Rinsky B — Murmullos del alma (poesías) | „ | 1.50 |
| Sáenz Hayes Ricardo. — Perfiles y Caracteres | „ | 2.50 |
| Sáenz Hayes Ricardo. — La polémica de Alberdi con Sarmiento | $ | 2.50 |

| | |
|---|---|
| Sáenz Hayes R. — Los amigos dilectos | ,, 2.50 |
| Sáenz Hayes Ricardo. — España. (Meditaciones y andanzas) . . . . . . | ,, 2.50 |
| Saravia Linares Clara.—Lirios de otoño | ,, 2.50 |
| Sarmiento Domingo F. — Vida de Dominguito . . . . . . . . . . . . . . | ,, 2.— |
| Saavedra Mercedes Z. de. — Las noches encantadas . . . . . . . . . . . . . | ,, 2.50 |
| Sameur C. — La liberación de la tierra | ,, 1.20 |
| Senet Rodolfo. — Psicología gauchesca en el Martín Fierro . . . . . . . . | ,, 2.— |
| Scalabrini Ortiz Raúl. — La manga . . | ,, 2.50 |
| Schiaffino Eduardo. — Recodos en el sendero . . . . . . . . . . . . . . | ,, 2.50 |
| Schiaffino Eduardo. — Urbanización de Buenos Aires . . . . . . . . . . | ,, 4.— |
| Soto y Calvo F. — Los poetas maullantinos en el arca de Noé . . . . . | ,, 2.— |
| Storni y Pérez Franco. — En la sierra de los cóndores . . . . . . . . . . | ,, 10.— |
| Torre Peña Jorge de la. — Plata bruna | ,, 2.— |
| Vedia Joaquín de. — Cómo los ví yo | ,, 2.50 |
| Varela Florencio.—Rosas y su gobierno | ,, 2.— |
| Vázquez Cey A.—El angélico asesino . | ,, 2.50 |
| Vernau J. M. — Historia de la Edad Media y Precolombiana . . . . . | ,, 4.— |




TALLERES GRÁFICOS "CÚNEO"
BALCARCE 236, BUENOS AIRES